

## Niños

TODO es juego para los niños: juego y descubrimiento gozoso. Prueban y ensayan todas las variedades del mundo: los desníveles, los colores, los árboles, los objetos fabricados y naturales, los animales, la tierra, el fuego, el aire y el agua. Juegan tanto, que juegan a jugar: juegan a emprender juegos que se van en puros preparativos y que nunca se cumplen, porque una nueva felicidad los distrae.

HARA diez años, los paseos y las plazas de Buenos Aires desconocían el juego de los niños. Un arco que se disparaba solo por esas calles, un par de zancos productor de rodillas peladas, el saqueo ocasional de un jardín y el humilde cielo de tiza de la ravuela eran los únicos excesos de ese orden. La Municipalidad no fomentaba las aventuras. Ahora nuestras plazas son hospitalarias con el niño. El tobogán, las hamacas, los trapecios, las barras paralelas y los anillos, juegan infinitamente con él; los plásticos montones de arena crean la ilusión de la playa y equivalen al mar.

DE los niños es el reino de Dios, se lee en el Evangelio de San Marcos, en el versículo catorce del capítulo diez. Palabras dichas para siempre y de una veracidad literal, ya que en el cielo, que es el reino de Dios, el tiempo no existe — como tampoco existe para los niños. Los niños desconocen la sucesión; habitan el liviano presente, ignoran el deber de la esperanza y la gravedad del recuerdo. Viven en la más pura actualidad, casi en la eternidad.

Carátula de Pargagnoli

## Ilustraciones de Parpagnoli

[illegible]

Ilustraciones de A. Rechain

ILUSTRACION DE GUIDO.





la pobre plaza, y el amor de Laura.

El Sur: El Sur y Eleazar; el galope violento en la sinueta noche del Sur, cuando el viento trae un terrible ruido y una lluvia silenciosa desgarraba la tierra.

El Río Negro, impetuoso y travieso sale de su cauce, los rios australes desbordados su agua negra en la que flotan hojas muertas. Tiemblan las chapas de zinc de los galpones, las ruedas de los molinos parecen que van a ser arrastradas por la tempestad.

Eleazar galopa en la noche. Va envuelto en su paño oscuro. La lluvia le golpea la cara, pero él no la siente. La soledad y Max. Silencio.

La soledad y Laura. La industria de madera, el quillango. Afuera, el ruido del perro. Adentro, los jergones limpios, la cama de hierro, pintada de blanco, los cueros de los machacos.

En el amanecer hay un frío blanco. Eleazar está levantado temprano. Una lluvia marfona, silenciosa. Después se levanta Max. Toman café negro en tazas de lata.

Después se van a recorrer el campo. Laura queda sola. Hay un sol pálido. Hay un viento helado. Laura sale a buscar lana, estiercol para el fuego. El perro la sigue.

En la cocina los mejores momentos del día. Hay olor a sopa, a charreño. Comen con avidez, sin hablar. El agua está en una botella verde; la gallina es dura. El cuchillo no la penetra. Sólo puede masticar, calentándose primero y mojándole luego en el caldo.

Ahora descansan. Han construido galpones, cavado pozos, parado alambres. Han levantado las tierras vírgenes. Max pocas veces se va al pueblo. No quiere ir. Lo atraen los boliches, los mostradores, el charqui que cuelga de los clavos, las canciones de los reseros. El loro negro de las casas. Casas bajas, de puerta ancha y una luz livida adentro. Almorzaron llenos de bollos, calzones y latas de almuerzo abiertas. Caminos de tierra amarillenta y apisonada. Caballo de acendado tirando de un carro. Puente de madera nueva. Y un agua lenta y miserable desfilándose. En los boliches, indios populares, trozores, charreños, paños, mineros de Abreg, guitarreros borrachos.

En el pueblo, inmigrantes, judíos, mejores presas. Balquean palmas. Hablan de la zona.

En Max. Es poco más que un niño; ya no caza legajos ni destruye sapos. Trabaja de la medicina hasta la noche. Hay que hacer plata. Hay que ganar mucha plata. El pueblo está a veinte leguas. Max allá, a la zona de kilómetros de Buenos Aires. El lo sabe bien.

En la pieza oscura y fría en la cocina caliente: en las maderas la tierra es amplia; en el crepúsculo, cuando un enorme silencio hace desear la muerte, piensa en la zona.

Sentir en lo profundo de la noche la voz de Laura mientras el viento aullante golpea en la techumbre y la lluvia penetra en la tierra sedienta. Max está en la pieza. La lámpara da un humo negro. El cuchillo apaga.

Max está lleno de tristeza y retrocede. Quisiera alzarla. Oye la voz de Laura. Max se acerca. Laura toca sus manos. El cuerpo de Laura tiembla. Max está alegre.

A veces lo visitaba Polsem, un alemán que vivía en "La Germania", colonia situada en la zona. Era un hombre optimista que trataba de animarlo, dándole consejos y ayudándolo en cuanto entendiera a su alcance.

Eleazar no lo podía ver, por el ingenio optimista que manifestaba en todos sus actos y palabras.

—Es que ustedes no saben trabajar, muchachos — les decía el alemán — han venido aquí con la intención de enriquecerse sin esfuerzo y en unos cuantos meses... Se pasan la vida pensando en volver a Buenos Aires. Tratan de saquear la tierra para ir a distribuir allí, como desgraciados, como hacen algunos extranjeros... que exprimen la tierra hasta que ya no da más, le sacan el jugo... y después, cuando ya no es más que una hembra esteril, la dejan y se van a su patria... Y de la tierra que les dio todo nunca se acuerdan. Pero de esos alguien se acuerda... no morirá tranquilo...

Eleazar no lo podía ver, por el ingenio optimista que manifestaba en todos sus actos y palabras.

—¿Qué le pasa a Max? — pregunta Laura, extrañada de esa actitud que le parece hostil.

—Mafana nos vamos.

—¿Adónde? ¿Quiénes se van?

—Max y yo. Nos vamos a Buenos Aires.

—¿Y yo, Eleazar? ¿Vas a dejarme? ¿Los dos van a dejarme? ¿Por qué se van?

—Es necesario. Ha muerto nuestro padre.

—Y mis hijos...

—Pero volveremos.

—¿Y yo...? ¿Qué haré mientras tanto?

—Mientras tanto, te lo dejamos todo.

—¿Cómo podrá vivir sin ustedes? ¿No vos que no podéis vivir sin ellos?

—Es por poco tiempo, Laura.

—Ella comprende que todo está perdido. Una luz grave. Árboles de tronco blanco y gruesos nudos. Hojas pequeñas que tiemblan.

Max quiere que la cita fuese en secreto. Sería un momento de intimidad, de dolor compartido solamente por los dos.

—Me voy, Laura.

—Y no volverás nunca. ¿No es cierto?

—No sé... ¿Es tan difícil?

—Podrías quedarte...

Y mirando alreedor, como si tuviera miedo de ser escuchado:

—Vas solo, Max.

—No puedo... ¿Hay allá tantas cosas?

—Te quiero, Max. Te quiero tanto!

Se ven a lo lejos los linderos de Yumu y los gritos de Eleazar que llaman:

—¡Max! ¡Max!

—Pero Max está entre los brazos de Laura. No ve nada, no piensa nada. Está insensible a todo.

lo que no sea la tibia caricia de la carne de Laura.

—¿Québale, Max! Quedate vos. Aquí viviremos bien los dos. Déjalo a Eleazar que se vaya solo. A los otros.

Max está ahora decidido. Se quedará. Y Laura lo ve alzarse lentamente por entre los árboles.

Las valijas están cerradas, todo preparado. Dentro de un momento dejarán para siempre aquella tierra oscura y miserable, aquella vida pequeña, rutinaria.

Eleazar quiere. Ahora los espera Buenos Aires, la plaza del viento, la alegría de vivir, la satisfacción de todos sus deseos.

Pero ve la mirada sombría de Max.

—¿Qué tanta? ¿No estás contento?

Y Max miente:

—Sí. ¿Cómo no quieres que esté contento, si nos vamos?

Se siente impetuoso para oponerse a la voluntad de su hermano. Pero ya lo ha decidido. Se quedará. Pienso en Laura. En los ojos de Laura, en la carne oscura de Laura.

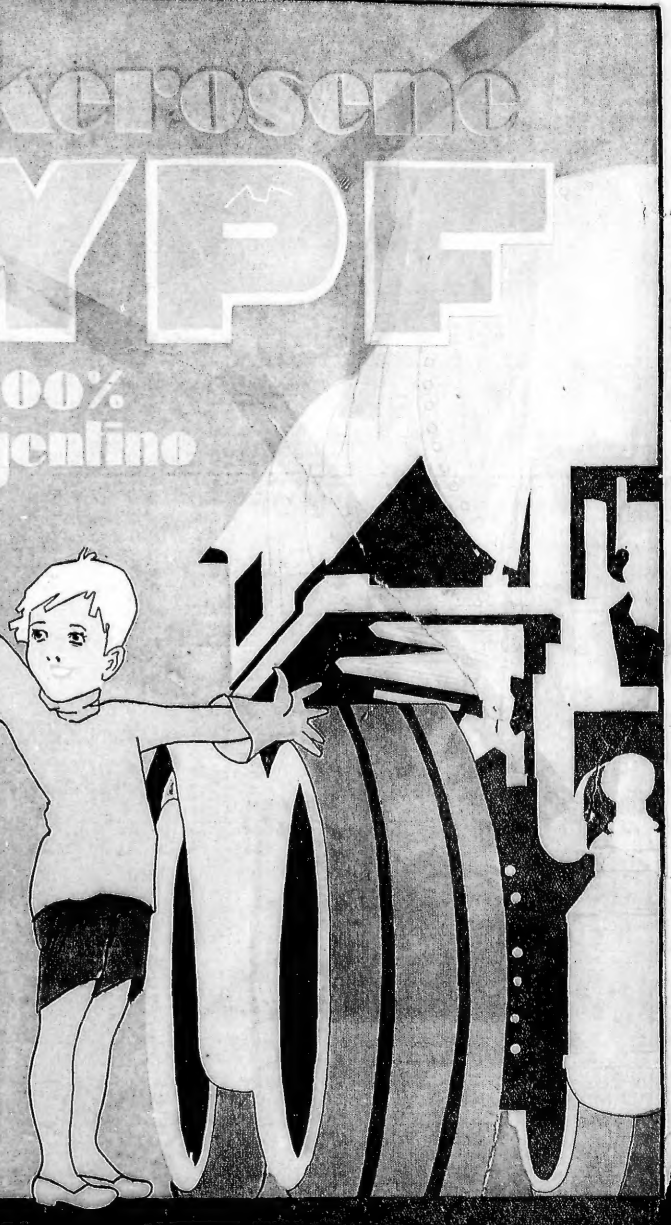
En la vuelta despacio, muy despacio, por detrás de Eleazar, con la mano cruzada en el mango del cuchillo que lleva siempre a la cintura.

Y Max miente:

—Pero cuando levanta el brazo, pronto para dar el golpe, Eleazar se da vuelta. No retrocede. Lo mira un momento, hasta que Max se siente dominado y baja lentamente su brazo. El cuchillo cae con un ruido sordo sobre el piso de tierra.

—Vamos — dice sencillamente Eleazar. Y salen bajo la luz helada de la mañana.

G. Trillo y O. Behety



siempre ni olor













